ELLA ES ÉL,

COMEDIA EN UN ACTO

POR DON MANUEL BRETON

DE LOS HERREROS.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

CAMILA. DON ALEJO.

RITA. DON MARCELO.

BRUNO.

La escena pasa en Valencia, en casa de don Alejo. Sala decentemente amueblada con puerta á la derecha del actor, otra en el foro y otra á la izquierda.

Esta comedia es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ELLA ES ÉL.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA. RITA.

(*Rita aparece ocupada en alguna labor de su sexo. Llega Camila, se sienta y toma tambien algo de costura.*)

CAMILA. ¡Eh! Ya he dejado la pluma.
Ahora la aguja.
RITA. ¡Qué afan!
Vida llevas de azacan.
No sé cómo no te abruma.
CAMILA. ¿Qué quieres? Mi pobre Alejo
es un bendito de Dios.
Yo trabajo por los dos...
y gozar de Dios le dejo.
RITA. ¡Qué corazon de calandria!
¡Qué pobre hombre! Vale mas
no casarse una jamas
que casarse con tal mandria.
CAMILA. Tú que eres de mi marido,
Rita, tan severo juez...,
hablemos claros; tal vez
no le hubieras escupido;
mas de tu fallo importuno
no me admiro. Es natural
que de todos hable mal
la que no tiene ninguno.
RITA. ¿Ya te picas...? ¡Qué bobada!
Yo te hablo de esa manera,
Camila, porque quisiera
verte mejor empleada.

720909

CAMILA. ¿Crees tú en hombres perfectos?
No lo es mi consorte; no,
pero tiene prendas...

RITA. Yo
solo he visto sus defectos.

CAMILA. ¡Con tales ojos le ves!
Tu juicio es aventurado,
que al cabo no le has tratado
mas que dos dias ó tres.

RITA. Ese tiempo hace que habito
en tu amable compañía,
mas ya la fama decia
que tu esposo es... un bendito.
¡Qué simpleza! ¡Qué desidia!
Qué poquedad...! claman todas.
¡Pobre moza! ¡Tristes bodas!

CAMILA. ¿Y eso... es caridad... ó envidia?

RITA. ¡Camila...

CAMILA. Error puede haber
en juzgar por la apariencia.

RITA. Pues, hija, toda Valencia...

CAMILA. Valencia no es su muger.
Falta de mundo y de trato
tal vez le han hecho indolente;
tal vez por ser complaciente
le acusan de mentecato.
Tiene sobrado caudal
y poquísima ambicion;
descuidó su educacion
ciego afecto paternal,
y asi, Rita, á dulces ocios
mas que á brillar inclinado,
y algo flojo y desmañado,
no se cuida de negocios.
Su dulzura, no lo niego,
tal vez raya en timidez;
mármol parece tal vez,
y es su corazon de fuego.
No carece de valor,
mas le falta atrevimiento;

no le falta entendimiento,
pero le sobra candor.
Digna es en fin de la mia
su alma amorosa y sin hiel,
y si algo malo hay en él,
es ser bueno en demasía.

RITA. Confiésame que si pones
en el cielo á tu pariente
es solo porque consiente
que lleves tú los calzones.

CAMILA. Lo que otras envidiarán
yo como carga lo tomo
por ahorrar un mayordomo
que á mis hijos robe el pan;
y administradora fiel
cual tierna consorte soy,
que un solo paso no doy
sin consultarlo con él.

RITA. ¡No tiene mala prebenda!
Tú trabajas, y el muy zote...

CAMILA. Ya que me casé sin dote
conservar debo su hacienda.

RITA. Si es tan débil criatura,
cambiad de una vez los frenos,
y que él se encargue á lo menos
del planchado y la costura.

CAMILA. Rita, la lengua deten.
El que á mi esposo deprima...

RITA. Esto es una chanza, prima,
y lo digo por tu bien.
¡Te llama cara mitad!
y miente; que tú eres *él*,
y eres *tú*. Ese hombre de miel
¿qué hace?

CAMILA. Mi felicidad.

RITA. Y eso... ¿Quién te lo asegura?
¿Y si esa condescendencia
naciese de indiferencia,
Camila, y no de ternura?
¿Se despoja asi un marido

de la autoridad suprema?
Quizá sea estratagema
lo que parece descuido.

CAMILA. ¡No!

RITA. Tal vez, mientras el opio
de esa blandura estudiada
te adormece confiada
y fascina tu amor propio...

CAMILA. ¡Qué ruin cavilosidad!

RITA. Te teme mas que te ama
y sacrifica su fama
á la dulce libertad.

CAMILA. ¡Qué lengüecita de perla!
¡Calla! Me haces padecer...

RITA. Quien descuida á su muger...
no está lejos de venderla.

CAMILA. ¡Oh!

RITA. Quizá cuando sin pena
su cetro á tus manos pasa
cuidados no tiene en casa
porque los tiene en la agena.

CAMILA. ¡Oh cielo! ¡Pagar asi
mi tierna solicitud...
¡Ah! No. Tanta ingratitud
no cabe, bien mio, en tí.

RITA. ¡Ah, que amor constante y fiel
ogaño ya no se estila!
¿No quisiste tú, Camila,
á otro amante antes que á él?

CAMILA. ¿Otro amante? Sí... Marcelo.
Le hablé dos dias ó tres;
se fue á la guerra, y despues
no le he vuelto á ver el pelo.
Entonces era tan tierna
mi edad, tan sujeta á engaños...
¿Qué muger á los quince años
siente una pasion eterna?
Una niña ya sabrás
que suele poner su amor
en el que baila mejor

ó en el que la adula mas.
Amor del primer Abril,
muchos autores lo han dicho,
mas que amor es un capricho,
es un antojo pueril.
Buscando á ciegas el bien
el corazon nos exhorta
á querer; y poco importa
cómo, hasta cuándo, y á quién.
Cuando se fue á Calahorra
don Marcelo ¿quién dirias
que á los tres ó cuatro dias
me consoló? Una cotorra.

RITA. Morir juraste y jamas
ser de otro dueño; ¡y cruel
te has casado! ¡Y no con él!

CAMILA. ¡Y no me he muerto! Ahí verás.
Él no me escribió...

RITA. Ya ves;
la guerra... Y un año entero
en Estella prisionero...
Pero te escribió despues.

CAMILA. Ya era tarde. Como un sueño
se habia ya su memoria
desvanecido, y mi gloria
se cifraba en otro dueño.

RITA. ¡Plantar á tan fino amante!
¡Qué inconstancia! ¡Qué desliz!
Él te hiciera mas feliz
que ese hombre insignificante.

CAMILA. ¿Mas feliz que soy ahora?
¡Imposible! ¿Y qué sé yo
si el otro se acuerda ó no...

RITA. Prima, yo sé que te adora.

CAMILA. ¿Quién te ha dicho...

RITA. Está en Valencia.

CAMILA. ¿De veras?

RITA. Haciendo alarde
de su constancia, ayer tarde
llegó con la diligencia.

CAMILA. ¿Tú le has visto?
RITA. A fé de Rita,
cuando de misa salí.
¡Me ha hablado tanto de tí...!
Vendrá á hacerte una visita.
CAMILA. ¡A mí una visita! ¿Y cuándo...
RITA. Hoy mismo.—¡Chica, ya tiene
dos charreteras y viene
con la cruz de San Fernando!
En la fonda nueva se halla.—
Recíbele, que harta pena...
CAMILA. Como amigo, enhorabuena;
pero...
RITA. ¡Tu marido! Calla. (*Se levantan.*)

ESCENA II.

CAMILA. RITA. DON ALÉJO.

(*Llega don Alejo con caña y demas avíos de pescar, y al entrar los entrega á Bruno, que se retira con ellos.*)

D. ALEJO. (*Llamando.*)
¡Bruno!—¡Camila adorada!—
Lleva todo ese atalage
allá dentro, y ten cuidado
con los gatos, no se traguen
un anzuelo.—¡Prenda mia!
Perdona si vengo tarde
y dame un abrazo. (*Abraza á Camila.*)
¡Hermosa!
CAMILA. Escusado es preguntarte
qué has pescado, porque siempre
vacío el cenacho traes.
RITA. O cuando mas una rana...
D. ALEJO. Decís bien. No me da el naipe
para la pesca; ni creo
que la fortuna me llame
á prosperar por el agua;
bien que... ¡por ninguna parte!

Es fatalidad. No emprendo
cosa que no se desgracie.
Para mí es arco de iglesia
lo que para otros muy facil,
y el dia en que no cometo
diez torpezas garrafales
no quepo en mí; me figuro
que he puesto una pica en Flandes.
Solo en la eleccion de esposa
fuí feliz; que eres un angel,
Camila..., y aun eso fue
porque te eligió mi padre.
Yo estaba muerto por tí,
mas no osaba declararme,
y si él no pide tu mano
hago, de fé, un disparate.
¡Hola! y gracias que soy rico,
que si hubiera de ganarme
el sustento con mi industria...
Ya sabe Dios lo que se hace.

CAMILA. Entonces te hubieran dado
otra educacion...

D. ALEJO. ¡Qué diantre...
¡Sino sirvo para nada...

RITA. Bueno es que tú lo declares.

D. ALEJO. Es que por ser lego en todo
no sé ni aun mentir. No obstante,
si ahora me quejo es de vicio,
porque hoy he echado un buen lance.

CAMILA. ¿De veras?

D. ALEJO. Sí.

CAMILA. ¿Qué has pescado?

D. ALEJO. Una anguila como un cable.

CAMILA. ¡Una anguila! ¿Y no lo anuncias
con trompetas y timbales?
¡Qué alegría! Justamente
no hay pez que tanto me agrade.
Voy á que Juana la guise
con la salsa que ella sabe.

D. ALEJO. No vayas. El caso es que...

Perdona...

CAMILA. ¿Qué?

D. ALEJO. No te enfades.
El caso es que... no la traigo.
Llegó un pobre vergonzante
á pedirme una limosna,
y para aplacar su hambre
se la dí.

CAMILA. ¡Válgame Dios!

D. ALEJO. ¿Qué quieres! Por no arriesgarme
á malgastar el dinero
y porque no me lo estafen
mis amigos, hace dias
que no llevo ni dos reales
en el bolsillo.

CAMILA. Haces mal.
Una vez que eres tan frágil,
lleva poco, mas no vuelvo
á consentir que te marches
sin nada; que hay ocasiones
en que no se escusa nadie
de tirar un peso duro,
y yo no quiero que pases
por mezquino.

RITA. Con decir:
mi muger tiene la llave...

CAMILA. ¿Por qué no diste las señas
de casa á aquel miserable?
Le hubiéramos socorrido,
que nadie de mis umbrales
se aparta desconsolado;
pero eso de regalarle
la anguila sin mas ni mas...
¿No es una lástima?

D. ALEJO. ¡Y grande!
¡Si supieras qué trabajo
me costó el sacarla al aire!
Tira de este lado, aprieta
del otro, y dale que dale...
Sudando estoy todavía...

(*Buscando el pañuelo en los bolsillos.*)
¿Y el pañuelo? ¡Voto al Draque...
¡Le perdí! ¡Me le han birlado!
vamos; soy un badulaque.
¿Quién habrá sido...

CAMILA. Tal vez
el mismo á quien regalaste
la anguila.

D. ALEJO. ¡Fatalidad!
¡Y nuevecito! ¡Flamante!

CAMILA. Dos van en esta semana.

D. ALEJO. Con efecto; ¡y es hoy martes!

CAMILA. Vaya; sacaremos otro.

RITA. Bueno será que se lo ates
al ojal de la levita.

D. ALEJO. No. Yo tendré en adelante
mas cuidado. ¡Hay tanto pillo!
¡Infeliz del que yo atrape!
Del primer palo...

CAMILA. ¡Cuidado
no te suceda el percance
del otro...

D. ALEJO. ¿Cómo...

CAMILA. Oye un cuento
que referia mi madre.
Érase un pobre demonio
que un dia..., tambien fue martes,
salió á comprar en la plaza
no sé si pescado ó carne.
Como siempre en el mercado
hay bulla y sobran truanes,
sacáronle del bolsillo
del pantalon, ó del fraque,
el dinero que llevaba,
que eran diez ó doce reales.
Volvióse sin el recado,
contó á su muger el lance,
pidióla otra vez dinero,
y sacando del estante
el sable de su cuñado,

sargento de provinciales,
la dijo: á la plaza vuelvo.
Veremos si otro tunante
me viene á robar ahora.
Diez minutos no cabales
tardó en volver. La consorte
le pregunta: vaya; ¿traes
la compra? — ¿No he de traerla?
responde mi hombre muy jaque.
Figúrate... Aqui es preciso
imitar sus ademanes.
Figúrate que el dinero,
que me abultaba bastante...,
era un cartucho de cuartos,
lo llevaba casi casi
fuera del bolso derecho
del pantalon, y á esta parte
entre el brazo y la tetilla
mi serrucho formidable.
Iba asi... de media anqueta,
como quien mira á levante,
mas con el rabo del ojo
observaba la otra márgen.
Llego pues; compro mi avío,
y con el mismo talante
vuelvo á casa, deseando,
asi San Pedro me salve,
que al bolsillo tentador
se atreviese algun pillastre,
porque entonces ¡no hay recurso!
le abro en canal...
(*Figurando tirar del sable.*)
¡Voto á Sanes!
No me han quitado el dinero...
¡pero me han quitado el sable!

ESCENA III.

CAMILA. RITA. DON ALEJO. BRUNO.

BRUNO. Ahí está el procurador

don Bonifacio Pelaez,
que viene á tratar del pleito...

D. ALEJO. (*A Camila.*)
Sí; será aquel que entablaste
sobre el melonar de Alcira...
(*A Bruno.*)
A mí no tienes que darme
tales recados: ¿entiendes?
Mas ya veo que no sabes,
como ha poco que nos sirves,
que esos negocios atañen
á mi esposa.

BRUNO. Yo creía,
salvo superior dictámen,
que el hombre y no la muger
era aqui y en todas partes
el gefe, el rey de su casa.

D. ALEJO. Sí; pero yo dias hace
que abdiqué. Tenlo entendido.

CAMILA. Di al procurador que pase
al despacho y que me espere
un poco. Voy al instante.

ESCENA IV.

CAMILA. RITA. DON ALEJO.

CAMILA. ¿Vas tú á salir?

D. ALEJO. Sí, querida;
á no ser que tú me mandes
otra cosa.

CAMILA. ¿Adónde piensas
ir?

D. ALEJO. Al café: ya se sabe.
Alli me estoy como un santo
jugando á las damas *gratis*
ó leyendo la Gaceta
hasta las tres de la tarde.

CAMILA. Hoy es el último dia
para elegir concejales.
Ya olvidabas...

D. ALEJO. Como yo
no pretendo ser alcalde...
CAMILA. ¿Y qué importa? Es tu deber
procurar en cuanto alcances
que caigan en buenas manos
los cargos municipales.
¡Qué! ¿Serás indiferente,
como tantos holgazanes,
al mas precioso derecho...
D. ALEJO. Bien: yo votaré. Sí; antes
de ir al café...
CAMILA. ¡Cuidadito!
No hay que alterar en un ápice
la lista de candidatos
que te dió don Pedro Sánchez.
D. ALEJO. Bien: yo estaré sobre aviso
para que otro no me engañe;
mas si por una de tantas
funestas casualidades
lo echase á perder... Yo siento
que no puedas tú encargarte
de esa comision.
CAMILA. ¡Calla, hombre!
No sé cómo no te caes
muerto de vergüenza... Vamos;
anda á vestirte; no tardes.

ESCENA V.

RITA. DON ALEJO.

RITA. Oye una palabra, Alejo.
D. ALEJO. Vamos; ¿qué quieres?
RITA. Hablando
con franqueza, eres muy blando
y quiero darte un consejo.
Lo que dentro de aqui pasa
tiene eco fuera de aqui.
Todos se burlan de tí
porque eres cero en tu casa.
D. ALEJO. La respuesta que yo doy

al zumbar de tanto tábano
es que á nadie importa un rábano
si soy cero ó no lo soy.

RITA. Malos principios son esos;
dígolo porque te estimo.
No seas tan calvo, primo,
que se te vean los sesos.
Bien que el popular murmullo
culpa menos en verdad
del marido la bondad
que de la esposa el orgullo,
malo es que una y otra lengua
formen juicios temerarios
y hagan de tí calendarios
que al fin ceden en tu mengua:
tanto que al ver tu aparejo
de pescar dicen por vicio:
hace bien, que ese es oficio
de... ¡Ya me entiendes, Alejo!

D. ALEJO. Pero señor, si es honrada,
si es discreta mi muger,
¿por qué quitarme el placer
de quererla y no hacer nada?
¿Qué logro yo si reclamo
un mando que me molesta?
Ningun trabajo me cuesta
obedecer á quien amo.
El mandar me toca; sí;
pero, si yo no me amaño,
¿he de llamar á un estraño
para que mande por mí?
Dios me hizo asi no sé cómo,
y pues quiso darme en ella
á un tiempo consorte bella
y escelente mayordomo,
quiero que mande sin tasa
y de sátiras me rio;
que hago su gusto y el mio...,
y todo se queda en casa.

RITA. Pero verte esclavizado

como un ilota á sus pies...

D. ALEJO. No tal. Su gobierno es...
un despotismo ilustrado.

RITA. Ese dulce despotismo
pudiera serte fatal,
que tal vez bajo un rosal
se oculta, Alejo, un abismo.
A nosotras..., es verdad
que puedes, primo, creer,
pues lo dice una muger,
nos daña la libertad.
Y la que hoy se muestra ufana
de gozarla tan entera,
¡pobre Alejo! bien pudiera
abusar de ella mañana.
El amor propio es muy necio.
Creerá, si se juzga bella
y no tienes zelos de ella,
que la miras con desprecio.
Camila es muy buena esposa,
mas como de esas se han visto...
En fin, el diablo anda listo
y la venganza es sabrosa.

D. ALEJO. Calla, calla. Eso es demencia.
¿Ella hacer tal felonía!

RITA. ¡Guarda, no seas un dia
la fábula de Valencia!

D. ALEJO. ¡Ah! no lo sería, no.
Si hiciera tal desvarío...

RITA. ¿La mataras?

D. ALEJO. No. ¡Bien mio...
Pero moriria yo.
No hay amor sin confianza,
mas no hay vida sin honor.
Mataríame el dolor
antes que á ella la venganza.

RITA. Bueno es prevenir el mal
antes que se venga encima.
Si ella no fuese mi prima
diria...

D. ALEJO. Mientes. No hay tal.
RITA. ¡Hombre, mientras no me esplico...
No falta ya quien la ronde,
y aunque ella no corresponde
todavía...
D. ALEJO. ¡Cierra el pico!
RITA. ¡Cómo! ¿No te causa susto
que otro hombre á amarla se atreva?
D. ALEJO. Antes me alegro. Eso prueba
que yo he tenido buen gusto.
RITA. Mas si ella por un capricho...
D. ALEJO. Basta. No seas mordaz.
Tengamos la fiesta en paz.
RITA. Pero...
D. ALEJO. Que calles he dicho.
¿Tú tambien aqui pretendes
regentar? Marido tierno,
cedo á Camila el gobierno;
pero ¡á ella sola! ¿Lo entiendes?
RITA. No te irrites. Sabe Dios...
D. ALEJO. ¡Anda, que eres mala prima!
RITA. El bien de los dos me anima...
D. ALEJO. Muchas gracias por los dos.
RITA. ¿No me oyes? Pues te sentencio...
D. ALEJO. Lo que tú no has de comer
déjalo, Rita, cocer.
RITA. Yo...
D. ALEJO. (*Alzando la voz.*)
¡Dale...! ¡Dale...! ¡Silencio!
Vive Dios que ya me canso...
Sepa la prima atrevida
que yo no consiento brida
aunque parezco tan manso.
Y pues con tanto despejo
me aconsejó, nada bien,
á la tal prima tambien
quiero yo dar un consejo.
Cuando en casa agena se halle,
sepa agradecer el pan
y el albergue que la dan,

y oiga, y vea, y coma, y calle.

ESCENA VI.

RITA.

¡Necio, de oirme te enojas
cuando te quiero salvar!
Eso se llama tomar
el rábano por las hojas.
Mas ya que eres tan jumento
que no entiendes la razon,
yo he de darte una leccion
que te sirva de escarmiento.
Y esa prima del demonio,
esa fátua, presumida...
¡qué ufana está, qué engreida
con su feliz matrimonio!
Diez y siete años tenia
cuando hizo tan buen negocio;
¡y yo llegué al equinocio
sin pisar la vicaría!

ESCENA VII.

RITA. BRUNO. DON MARCELO.

BRUNO. (*Anunciando.*)
Don Marcelo...
RITA. ¡Ah! Que entre, que entre.
BRUNO. Entre el señor militar.
(*Entra don Marcelo.*)
RITA. Pasa el recado á mi prima. (*Se va Bruno.*)
D. MARC. Acaso es temeridad
el entrar yo en esta casa,
que para siempre jamas
debiera huir de esa pérfida...
Mas una mano fatal
me arrastra... Sí; verla quiero
y maldecir...

RITA. ¡Satanás!
¡Que está el marido...
D. MARC. Que esté.
No le vengo á disputar
su conquista. Mas la ingrata
mis justas quejas oirá.
RITA. ¡Prudencia! ¿Quién sabe... Acaso...
D. MARC. ¡Qué escucho! ¿Podré esperar...
RITA. Tal vez... El primer amor
no suele borrarse tan...
Nada de quejas. El tiempo...
D. MARC. Pero ese feliz rival,
ese marido...
RITA. Es un sándio;
marido de mazapan.
D. MARC. ¿Cómo...
RITA. Aqui ejerce mi prima
la suprema autoridad.
D. MARC. ¿Cierto?
RITA. ¡Que viene! Hable usted
como amigo y nada mas.

ESCENA VIII.

CAMILA. RITA. DON MARCELO.

CAMILA. Bien venido, don Marcelo.
D. MARC. Señora... (¡Qué hermosa está!)
CAMILA. Doy á usted la enhorabuena
por su ascenso.
D. MARC. Esa bondad
agradezco mucho; pero...
CAMILA. ¿No se quiere usted sentar?
D. MARC. Gracias...
RITA. Hasta luego...
CAMILA. Aguarda...
(*En voz baja.*)
Yo me voy si tú te vas.
(*A don Marcelo.*)
¿Y viene usted á Valencia

de asiento?

D. MARC. (¡Qué frialdad!)
Creo que sí. Yo tambien
debo á usted felicitar
por su casamiento.

CAMILA. Estimo
la atencion. Es natural
que tan buen amigo tome
parte en mi felicidad.

D. MARC. (¡Y me insulta!) ¿Tan dichosa
es usted?

CAMILA. Hasta no mas.

D. MARC. Ya se ve; cuando se lleva
contenta el alma al altar
y no perturba ningun
remordimiento su paz...

RITA. (*A don Marcelo en voz baja.*)
¡Por Dios...

CAMILA. No comprendo á usted.

D. MARC. Esa es ya mucha crueldad.
¿Olvida usted...

CAMILA. Don Marcelo,
no me quiera usté obligar
á un desaire. Cualesquiera
que fuesen cuatro años ha
nuestras relaciones, lazos
que debe usted respetar
me impiden oir sus quejas,
que son inútiles ya.

D. MARC. Si usted perdió la memoria
cambiando la voluntad,
la mia es fiel por desgracia
como mi pasion fatal.
Pero usted por su alma juzga
el alma de los demas,
y falsa...

CAMILA. Ni juzgo á nadie,
ni nadie me ha de juzgar
sino mi marido. Beso
á usted la mano.

ESCENA IX.

RITA. DON MARCELO.

D. MARC. ¿Qué tal!
¿Se trata á un negro peor?
¡Y no poderme vengar!
¡Y ella... Estoy desesperado.
RITA. No ha sido usted tan sagaz
como debia. De buenas
á primeras, ¡allá va!
D. MARC. ¿Cómo reprimir el labio
cuando el pecho es un volcan?
RITA. No pierda usted la esperanza.
El leon se amansará.
D. MARC. Antes moriré de zelos.
RITA. No dejarme á mí marchar,
evitar esplicaciones,
huir en fin...
D. MARC. ¡Desleal!
RITA. Ella se teme á sí misma,
y si usted muda de plan...
D. MARC. ¿Qué plan... Me ciega la cólera,
y ahora me siento incapaz
de oir consejos...
RITA. (*Mirando adentro.*)
Se acerca
el marido. Por piedad...
D. MARC. No tema usted. Él no tiene
la culpa...

ESCENA X.

RITA. DON MARCELO. DON ALEJO.

D. MARC. ¡Hola! ¡Es muy galan!
D. ALEJO. (¡Bien! ¡Mano á mano mi prima
con un bizarro oficial!
¡Si la sacase de penas...
y de mi casa!)
RITA. (Ya estan

frente á frente. Habrá tal vez
camorra... Esto marchará.)

ESCENA XI.

DON ALEJO. DON MARCELO.

D. ALEJO. Caballero...
D. MARC. Señor mio...
D. ALEJO. Si usted no lo toma á mal
quisiera saber á quién
tengo la honra de hablar.
D. MARC. Mi nombre es Marcelo Estrada;
soy...
D. ALEJO. Ya veo: capitan
de infantería.
D. MARC. Conozco
desde su mas tierna edad
á su señora de usted...
D. ALEJO. ¡Ah! Bien. Usted me tendrá
por su servidor y amigo...
D. MARC. La he venido á visitar
y á darla mi parabien
por su coyunda nupcial.
D. ALEJO. Yo soy el favorecido...
D. MARC. Sino fuera necedad
dar crédito á las hablillas
del público lenguaraz,
dijera yo como todos
que el buen don Alejo Prats
ha sido entre los amantes
de tan perfecta beldad
el que merecia menos
y el que ha conseguido mas.
D. ALEJO. Dios se lo pague á Camila
que gracia tan especial
me dispensó. Sin embargo,
puesto que dice el refran:
de gustos no hay nada escrito,
y que yo ningun puñal
la puse al pecho, pudiera

responder sin vanidad
que valia mas que todos
los candidatos quizá,
pues sentenció en mi favor
competente tribunal.

D. MARC. ¿Usted sabe con quién habla?

D. ALEJO. ¿No me lo ha dicho usted ya?

D. MARC. ¿Y que tengo malas pulgas
y no me dejo sobar
de nadie?

D. ALEJO. ¿Y eso á qué viene?
Yo hablaba aqui en sana paz...

D. MARC. No hay paz. Yo amaba á Camila.
Sépalo usted...

D. ALEJO. (*Sonriéndose.*)
¡Voto á san...
¿Usted la amaba? Lo siento,
pero usted ve, que ya no hay
remedio... Ya está casada...
Yo me figuré al entrar
que era su dama de usted
la prima; y si le es igual...

D. MARC. ¡Qué insulto! ¡A mí! ¡Vive Dios...
Pero no es este el lugar
conveniente... Nos veremos.

ESCENA XII.

DON ALEJO.

¿Está dado á Barrabás
ese hombre? Segun las trazas
me quiere desafiar.
¿Es delito el ser marido?
¡Buena está la sociedad!
No basta el amor; no basta
la bendicion del altar,
ni constar como casado
en el padron vecinal.
No señor, no; que amen de eso
tiene uno que conquistar

á estocadas la pacífica
posesion de su mitad.

ESCENA XIII.

DON ALEJO. CAMILA.

CAMILA. ¿No has salido? ¿Has vuelto ya?
D. ALEJO. (No la diré lo que pasa.)
Camila...
CAMILA. Fuera de casa
te hacia dos horas ha.
(¡Maldito procurador...!
Se habrán visto...)
D. ALEJO. Aun no he salido.
CAMILA. Como te vi ya vestido
salir por el corredor...
D. ALEJO. La hija de mis entrañas
me vino á pedir un beso,
y el paternal embeleso
me entretuvo. ¡Qué! ¿Lo estrañas?
CAMILA. ¡Ah! No.
D. ALEJO. Al marcharme despues
oigo hablar; entro... Era Rita
que estaba aqui con visita...
CAMILA. Sí. Vas á saber quién es...
¿Habeis hablado los dos?
D. ALEJO. Muy poco. Yo no averiguo...
Dijo que era amigo antiguo...
¿Qué sé yo... Vaya con Dios.
CAMILA. La verdad clara y sencilla
de mi boca has de saber:
lo exige asi mi deber.
Cuando era yo una chiquilla...
D. ALEJO. ¿Vas á decir que te quiso,
y tú tambien le quisiste,
y se fue, y *laus tibi Criste*...
¡Bien! Dios le dé el paraiso.
CAMILA. Fue capricho fugitivo...
D. ALEJO. Si al cabo yo he sido el rey,

¿qué me importa? En buena ley
no hay efecto retroactivo.

CAMILA. Bobadas de mi niñez
osó recordarme necio;
mi respuesta fue el desprecio,
y no volverá otra vez.

D. ALEJO. Bien hará si es importuno;
mas te juro por los cielos
que yo de él no tengo zelos,
Camila, ni de ninguno.

CAMILA. Yo te juro...

D. ALEJO. Cierra el labio.
Sé que eres fiel y sincera.
Si tus disculpas oyera
creeria hacerte un agravio.

CAMILA. Jamas...

D. ALEJO. ¡Basta! ¿Siempre vos
habeis de mandar, señora?
¡Silencio! Yo mando ahora.
Venga un abrazo... ¡y á Dios!

ESCENA XIV.

CAMILA.

¡Qué índole tan hermosa!
Si el mas leve pensamiento
contra su honor y su dicha
osara abrigar mi pecho,
la mas infame muger
sería del universo.
¡Cuán diversos caractéres
el suyo y el de Marcelo!
¡Venir ahora ese loco
á acibarar mi contento...
Niñadas sin consecuencia
no le dan ningun derecho
para atreverse... ¿Qué traes?

ESCENA XV.

CAMILA. BRUNO.

BRUNO. (*Con una esquela en la mano.*)
Traigo esta esquelita; pero
no sé qué he de hacer con ella.
Dice el sobre: "A don Alejo,"
y que se la dé en su mano
me ha encargado el mensagero.
Él no está en casa, y usted
es el alma de su cuerpo.
El sobre por una parte;
usted por otra... Me veo
confuso y comprometido
como burro entre dos piensos.

CAMILA. Pelmazo, dame esa esquela.

BRUNO. En obedecer no yerro.
Tome usted.

CAMILA. (*Tomándola.*)
¿Quién la ha traido?

BRUNO. Un militar.

CAMILA. (¡Ah! Sospecho...)
Bien está. Vete.

ESCENA XVI.

CAMILA.

(*Abriendo la esquela.*)
Veamos...
Don Marcelo firma... Tiemblo...
(*Lee para sí.*)
Bien mi corazon temia...
¡Hombre temerario...! ¡Un duelo!
¡Y no ha empuñado jamas
una arma mi pobre Alejo!
Dicha ha sido que en mis manos
caiga este papel funesto
y no en las suyas, que al fin
me adora y es caballero,

y por su amor y su honra
matar se dejara. ¡Oh cielo...!
¿Mas ocultarle esta carta
de qué servirá si luego...
¡Desventurada! ¿Qué haré...?

ESCENA XVII.

CAMILA. RITA.

RITA. ¿Aqui solita? ¿Qué es eso?
¿Cómo estás tan agitada?
CAMILA. (¡Dios mio, inspiradme!)
RITA. ¿Puedo
saber...
CAMILA. No es nada...
RITA. ¿Es acaso
ese papel el objeto
de tu inquietud?
CAMILA. No... (¡Qué idea!)
Te aseguro...
(*Toca la campanilla.*)
RITA. (Aqui hay misterio.)

ESCENA XVIII.

CAMILA. RITA. BRUNO.

CAMILA. (*A Bruno aparte saliéndole al encuentro.*)
¿Sabes dónde está la fonda
nueva?
RITA. (¿No digo? Secretos...)
BRUNO. Dos pasos de aqui.
CAMILA. Pues corre.
Pregunta por don Marcelo
Estrada...
RITA. (¿Qué será?)
CAMILA. Y dile
que se llegue aqui al momento;
que tu amo se lo suplica.
BRUNO. El amo es usted: entiendo.
CAMILA. ¡No, torpe! Tú has de decirle

que le llama don Alejo
Prats. No me nombres á mí
para nada.

BRUNO. Ya.

CAMILA. ¡Y silencio!
Nadie ha de saber en casa...

BRUNO. ¿Ni el amo?

CAMILA. Tampoco.

BRUNO. Bueno.

ESCENA XIX.

CAMILA. RITA.

RITA. ¿De cuándo acá esas reservas
conmigo que me intereso
tanto por tí?

CAMILA. No lo dudo.

RITA. ¿Has perdido acaso el pleito?
¿O qué accidente imprevisto...

CAMILA. No es ningun negocio serio...

RITA. Sino te fias de mí...

CAMILA. Ya lo sabrás con el tiempo.

ESCENA XX.

RITA.

Sí, sí; aqui hay gato encerrado,
mas me devano los sesos
y en un ciego laberinto
de congeturas me pierdo.
¿Si será del capitan
la carta? ¡Qué! No lo creo...
¿Qué le habrá dicho mi prima
al criado, que corriendo
salió... Sí; sonó la puerta...
¿Adónde... ¡me desespero...!
¿Adónde irá... Yo daria
una oreja por saberlo.
Estaré alerta, y si el hilo
llego á coger de este enredo...

ESCENA XXI.

RITA. BRUNO.

BRUNO. (*Llega acelerado y se dirige á Rita, que está de espaldas.*)
Antes de veinte minutos
vendrá el señor don Marcelo.
RITA. (*Volviendo la cabeza.*)
¡Hola! ¿Qué escucho!
BRUNO. ¡No es ella!
Mal haya mi aturdimiento.
Por Dios, que no diga usted
á su prima... ¿Está allá dentro?
RITA. Sí.
BRUNO. Voy á darla el recado.
¡Señorita, por San Pedro...
RITA. No temas.
BRUNO. ¡Ser yo chismoso
sin comerlo ni beberlo!

ESCENA XXII.

RITA.

Una cita misteriosa...
¡Lindamente! ¿Esas tenemos?
¡Miren la mosquita muerta!
¡En público tanto ceño
para maquinar despues
semejante gatuperio!

ESCENA XXIII.

CAMILA. RITA.

CAMILA. (¿Cómo la echaré de aqui?)
Aun no hemos visto al enfermo
de arriba... Si de mi parte
quisieras subir...
RITA. (Comprendo.)
CAMILA. Doña Paulita está sola,

y es regular ofrecernos...

RITA. Bien; yo la haré compañía
si quieres. (Disimulemos.)

CAMILA. Es amiga. Aunque te subas
la calceta...

RITA. Estoy en eso.
(¡Primita! ¡Primita! ¿Quieres
quitar estorbos de en medio?
Yo te serviré.) — Ya subo. —
(Se colmaron mis deseos.)

ESCENA XXIV.

CAMILA.

¡Anda en mal hora, fisgona
insufrible! Mis proyectos
ignora, y para cumplirlos
conviene tenerla lejos. —
(*Mirando adentro.*)
Bien. Ya sale. El capitan
no puede tardar. Alejo
no volverá hasta la hora
de comer. A cualquier precio
(*Toca la campanilla.*)
es necesario impedir
que se verifique el duelo.

ESCENA XXV.

CAMILA. BRUNO.

CAMILA. Cuando venga el capitan
le dirás que tome asiento
y espere aqui.

BRUNO. Bien, señora.

CAMILA. Y entra á avisarme ligero.

BRUNO. Pero él vendrá preguntando
por el señor don...

CAMILA. Mastuerzo,
calla y haz lo que te he dicho.

BRUNO. Lo haré asi; ni mas, ni menos.

ESCENA XXVI.

BRUNO.

Esto ya pica en historia;
esto me huele á cortejo;
¿pero qué se me da á mí
si otro ha de llevar los... Siento
abrir la puerta...
(*Acercándose á la de la derecha.*)
Aqui está.
Adelante, caballero.

ESCENA XXVII.

BRUNO. DON MARCELO.

D. MARC. ¿Don Alejo...
BRUNO. Ruego á usted
que espere... Voy en un vuelo...
Siéntese usted...
D. MARC. ¿No está tu amo?
BRUNO. Sí tal.—(Ella es él. No miento.)

ESCENA XXVIII.

DON MARCELO.

¡Llamarme ese hombre á su casa
cuando yo fuera le reto!
Vamos; querrá transigir.
Él no es hombre á lo que veo
de armas tomar. Será inútil,
porque estoy hecho un veneno.
O riñe y muere á mis manos,
ó en el teatro, en paseo...,
donde le vea, le escupo
y le... ¡Camila! ¿Qué es esto?

ESCENA XXIX.

CAMILA. DON MARCELO.

D. MARC. Sepa usted, señora mia,
por si me quiere culpar,
que aqui vengo á mi pesar.
Cierto asunto me traía...
Don Alejo...

CAMILA. Con él, no;
conmigo; y ahora, al punto,
se ha de zanjar ese asunto.
La cita la he dado yo.

D. MARC. ¡Cómo! ¿Usted...

CAMILA. Yo recibí
la esquela de desafio.
El honor de Alejo es mio.
Aqui me tiene usté á mí.

D. MARC. ¿Es posible...

CAMILA. Sí señor.

D. MARC. ¡Usted lidiar...

CAMILA. Sí; en su nombre.

D. MARC. Entre una bella y un hombre
solo hay combates de amor.

CAMILA. No se entiende eso conmigo.

D. MARC. Venturoso yo si lucho
con la deidad...

CAMILA. ¡Eh! No escucho
lisonjas de mi enemigo.

D. MARC. ¿Qué estraño acceso de bilis
la ha dado á usted? Pero veo
que es chanza...

CAMILA. No me chanceo.

D. MARC. ¡Vamos, ya entiendo el busilis!
Don Alejo se acoquina,
huye al riesgo las espaldas,
y al sagrado de las faldas
apela como un gallina.

CAMILA. Alejo no sabe nada:
lo juro. Si asi no fuera,
antes mil veces muriera

que ver su honra mancillada.
Mas yo tengo honra tambien,
yo tambien tengo una vida,
y dóila al hierro homicida
por salvar la de mi bien.
¿Qué mucho? Él me hace dichosa,
y yo le quiero constante
con el delirio de amante,
con la ternura de esposa.
No lo tome usted á agravio
recordando que tal vez
oí grata en mi niñez
alabanzas de ese labio;
que las mugeres honradas
quieren amar de solteras,
mas quizá no aman de veras
hasta despues de casadas.
Ceda esa saña cruel,
ó yo la reclamo toda;
que si hubo culpa en mi boda,
yo la cometí; no él.
Funda oficial veterano
en las armas su blason:
él, de blanda condicion,
jamas las tomó en la mano.
Si porque usted no le afrente
combate con tal maestro,
morirá por menos diestro
y no por menos valiente;
y usted despues muy ufano
dirá: ¡vencí en la pendencia,
robé un padre á la inocencia
y á la patria un ciudadano!
Si con tales regocijos
esa alma cruel se exalta,
¡muera yo, que menos falta
haré yo á mis pobres hijos!

D. MARC. ¡Oh Camila! ¡Oh dicha inmensa...

CAMILA. Ea pues, luzca ese acero,
y si es usted caballero...

*

D. MARC. ¡Contra una dama indefensa!
CAMILA. Armas tengo.
D. MARC. Yo no advierto
cuáles...
CAMILA. Mi propia flaqueza,
mi fé..., quizá mi belleza...
y estas lágrimas que vierto.
D. MARC. Basta. El alma mas proterva
no osára...
CAMILA. Si aun no he triunfado,
triunfaré. Tengo emboscado
mi ejército de reserva.
D. MARC. ¿Cuál...
CAMILA. ¡Mis hijos, mi consuelo!
¡Mi Alejito, mi Isabel!
¡Un niño como un clavel,
y una niña como un cielo!
D. MARC. (*Cayendo á los pies de Camila.*)
¡Ah! ¡No mas!
CAMILA. ¡Gracias á Dios!
Asi quiero yo: ¡á mis pies! —
Ahora... diga usted: ¿quién es
mas valiente de los dos?
D. MARC. Señora, loca pasion
me cegó. Siempre amaré
á Camila..., pero sé
cuál es ya mi obligacion.
Hoy parto para Murviedro...

ESCENA XXX.

CAMILA. DON MARCELO. RITA. DON ALEJO.

(*Entran apresurados.*)

D. ALEJO. ¡Qué veo! ¡Infamia...
RITA. ¡Aqui está!
CAMILA. (*Riéndose.*)
¡El rico-hombre de Alcalá
á los pies del rey don Pedro!
D. ALEJO. ¿Asi respetas los lazos...
CAMILA. ¿Qué mas quieres si le ves

arrepentido á mis pies...

D. ALEJO. Pero...

CAMILA. (*Abrazándole. Don Marcelo se levanta.*)
¿Y él me ve en tus brazos?

D. ALEJO. Muger... yo... mi confusion...
Mas si mereces mi gracia,
no el señor; y de su audacia
me dará satisfaccion...

D. MARC. Pasó mi loco arrebato.
Tanta virtud lo aniquila.
Angel celeste es Camila
y yo he sido un insensato.
Mientras injusto y zeloso
su esposo la perseguia,
ella su sangre ofrecia
por la sangre de su esposo.

D. ALEJO. ¡Camila!

CAMILA. (*Dándole la esquela. Don Alejo la lee para sí rápidamente.*)
Toma, lee y calla.

RITA. (¿Qué es esto?)

D. MARC. Una dama vió
temblar á quien no tembló
en los campos de batalla.
Yo parto, y al que en mi furia
reté desmedido y ciego
que me perdone le ruego
la no merecida injuria.
Ámela usted satisfecho
pues juro que es inocente...,
y ni es cobarde ni miente
quien lleva esta cruz al pecho.

ESCENA XXXI.

CAMILA. RITA. DON ALEJO.

D. ALEJO. ¡Ah! Yo tambien á tus pies...

CAMILA. (*Deteniéndole.*)
¡Tonto! Ese no es tu lugar.

D. ALEJO. ¿Cómo has podido triunfar...

CAMILA. Yo te lo diré despues.
D. ALEJO. Sentí en el honor cosquillas,
y á poco la accion mas záfia...
(*A Rita.*)
Tu maldita chismografia
me sacó de mis casillas.
CAMILA. Pues yo su soplo bendigo
porque redunda en mi gloria,
y de mi noble victoria
te ha llamado á ser testigo.
D. ALEJO. ¡Oh, sí! — Te ruego no obstante
por mi amor sumiso y tierno
que las riendas del gobierno
me fies por un instante.
CAMILA. ¡Eh! Calla. ¿Acaso un marido
necesita que le den...
D. ALEJO. Si tú no dices *amen*,
nada haré.
CAMILA. Pues concedido.
D. ALEJO. Gracias. Ahora bien, usando
de mis facultades... Toma
la puerta, Rita. No es broma.
Yo lo exijo; yo lo mando.
RITA. Muy bien. (La ira me abrasa.)
Con muchísimo placer...
D. ALEJO. Es que ahora mismo ha de ser.
No mas chismes en mi casa.
RITA. Sí, sí; aunque pida por Dios
limosna, me quiero ir...
porque no os puedo sufrir
á ninguno de los dos.

ESCENA ÚLTIMA.

CAMILA. DON ALEJO.

CAMILA. Lo creo; se irá sin pena,
pues vana fue su perfidia,
y es dogal para la envidia
presenciar la dicha agena.

FIN DE LA COMEDIA.